

CAMINOS Y CARRETERA

Acostumbrando la indigenidad en la selva peruana

Shane Greene

(traducido al español por Pastora Rodríguez)

IEP Instituto de Estudios Peruanos

CONTENIDO

Prefacio a la edición en castellano	11
Agradecimientos	13
<i>Un camino de entrada</i>	15

SITIO I: Proyectos de acostumbramiento

Capítulo 1: Acostumbrando la indigenidad	27
<i>Un camino intermedio</i>	61

SITIO II: Lógicas de acostumbramiento

Capítulo 2: Caminos, ríos y hombres fuertes	67
Capítulo 3: Un manual para guerreros visionarios	97
<i>Otro camino intermedio</i>	135

SITIO III: Políticas de acostumbramiento

Capítulo 4: De las escuelas de guerra a las escuelas en guerra: educación bilingüe y construcción de la identidad aguaruna	139
Capítulo 5: Caminos, carreteras y fronteras: la lógica inconexa de la comunidad nativa	181
Capítulo 6: Guerreros de pluma y papel: acostumbramiento de los encuentros organizativos	225
<i>Un camino de salida</i>	269
Epílogo: Notas de campo sobre cómo acostumbrar la antropología	277
Bibliografía	289

Prefacio a la edición en castellano

Al ver la imagen de aguarunas protestando en la carretera Fernando Belaúnde en la carátula, señalando directamente la coyuntura política del año en que este libro fue publicado —de un paro que comenzó a hacer visible el movimiento amazónico que luego se convirtió en un retorno preocupante de la represión estatal con los sucesos de Bagua el 5 de junio de 2009— el lector se preguntará lo obvio ¿habrá un análisis de Bagua y los paros amazónicos de 2008 y 2009 aquí? La respuesta es negativa. Y de ahí es muy posible que surjan las acusaciones señalando al “autor oportunista”. Como autor yo respondería de la siguiente forma: sí, soy oportunista. Porque veo en esta coyuntura actual una oportunidad única. Mi propósito en señalar los paros de 2008 y 2009, e implícitamente los eventos trágicos de Bagua; es pedir que el lector de este libro se dé cuenta de algo importante: tras los sucesos de 2008 y 2009 hay toda una historia mucho más larga que se necesita conocer.

Cuando se trata de la Amazonía, estamos hablando de una historia muy profunda y sin embargo muy poco conocida en comparación con lo que pasó durante los años inmediatamente anteriores a la publicación de este libro, y en comparación con casi todo lo que se habla cuando se habla de la historia del Perú. Entonces espero que esta historia de los aguarunas, y su participación en construir el movimiento amazónico, nos ayude a entender la profundidad de lo que estaba pasando en el momento preciso en que (¡por fin!) mis años de investigación dan un resultado final. La visibilización en el ámbito nacional e internacional de la lucha amazónica que se produjo en los años 2008 y 2009 es algo realmente sin antecedentes. Por tanto, implica reconocer un largo y complejo proceso de invisibilización histórica que está detrás de su visibilización contemporánea. Espero que este pequeño esfuerzo mío sirva aunque sea para algo, en cuanto contar una parte de esa historia que hay detrás de la actualidad y cuanto más haya que contar.

Un camino de entrada

*Los gringos solo vienen a robar nuestras costumbres.
Queremos saber quién te autorizó a venir aquí.*

Comentario de un maestro bilingüe
de la comunidad aguaruna de Achu, 1999

Mientras hacía trabajo de campo con los aguarunas en la selva alta del Perú, una zona de transición entre la selva amazónica y la sierra andina, me llamó poderosamente la atención la enorme importancia de los caminos. Pequepeques, balsas y canoas son los principales medios de transporte fluvial, y en los últimos 50 años los aguarunas se han acostumbrado a la presencia de una carretera nacional, que conduce al litoral urbanizado del Perú; de hecho, el gobierno de Alberto Fujimori la acababa de pavimentar cuando llegué a la selva a fines de 1998. Una red de ramales fangosos conecta el territorio densamente arbolado de Aguarunía con los campos de cultivo cercanos, con los asentamientos de colonos inmigrantes y con unas cuantas ciudades de provincia. A pesar de estas nuevas vías de comunicación, los caminos que serpentean entre la tupida jungla son los más transitados en la vida cotidiana. Más de una vez escuché a los aguarunas comparar las diferencias entre sus caminos y los construidos por los *apach*, un término traducido como “mestizo” por los aguarunas pero también empleado para referirse a cualquier persona no nativa, sea nacional o extranjera. Como en una ocasión me señaló mi colaborador, Ricardo Apañú, un *apach jinti* (camino mestizo) es ancho y libre de obstáculos para facilitar el paso del ganado y las bestias de carga de todo tipo (burros, caballos y camionetas). Mientras tanto, un *awajun jinti* (camino aguaruna) tiene el ancho justo para transitar en hilera y suele estar plagado de obstáculos naturales: taludes casi verticales por remontar, árboles caídos por esquivar y pequeños arroyos que se han de vadear. En efecto, el trazo de algunos caminos aguarunas no es visible para quien no esté familiarizado con las señales materiales de una jungla prácticamente intransitada.

En cierta ocasión caí en la cuenta de la enorme importancia de los caminos. Llevaba varios meses haciendo trabajo de campo en la comunidad aguaruna de Bajo Naranjillo, ubicada en el alto río Mayo, en el departamento de San Martín. En las dos décadas previas, Bajo Naranjillo había incursionado en la agricultura comercial y, si bien es una comunidad nativa dotada de títulos de dominio, en numerosos aspectos no se distingue de los asentamientos agrícolas circunvecinos, gracias en buena medida a su localización a orillas de la Carretera Marginal, que une la selva alta con las ciudades costeras del Perú. Por ese entonces, Bajo Naranjillo era sede de una organización indígena conocida como la Organización Aguaruna Alto Mayo (OAAM), con la que había firmado un acuerdo para llevar a cabo mi investigación.

Ansioso por tener la experiencia de vivir en un contexto aguaruna totalmente diferente y con previa autorización de la OAAM, me apresté a trasladar el centro de mi investigación a Cachiyacu, una comunidad remota a dos días de camino por la selva, la cual ya había visitado para solicitar el permiso del jefe local. En el curso de una breve visita a una ciudad comercial mestiza el día anterior a mi partida, me encontré por casualidad a un individuo aguaruna de la comunidad nativa de Shampuyacu (ubicada carretera arriba de Bajo Naranjillo) al que había conocido meses antes. Me reconoció y me interrogó acerca de mis visitas a las comunidades dispersas de Aguarunía. En respuesta a mi perorata, por supuesto salpicada de lugares comunes sobre el trabajo antropológico, se presentó a sí mismo de nuevo, esta vez en calidad de presidente recién electo de la Organización Regional Indígena del Alto Mayo (ORIAM), una organización aguaruna rival de la OAAM, cuya sede se localizaba en su comunidad de origen. Acto seguido me comunicó que ningún gringo podía visitar Cachiyacu sin la venia de su organización, dado que no se trataba de una comunidad autónoma, sino de un asentamiento anexo, ubicado en territorio de la comunidad nativa Achu (una de sus afiliadas locales). Un tanto incómodo por el giro que había tomado la conversación, acerté a responderle que consultaría mis planes con los líderes de la OAAM.

Hablé del incidente con José Catip, por ese entonces presidente de la OAAM, y con Adolfo Juep, un profesor bilingüe jubilado y fundador de la OAAM, también para que este sea mi intérprete durante la investigación de campo, pues pensaba viajar a Cachiyacu. Me aconsejaron

que hiciera caso omiso de las observaciones un tanto impertinentes del presidente de la ORIAM, puesto que Cachiyacu según ellos era miembro de la OAAM. Al día siguiente, antes del amanecer, me puse en camino en compañía de Evaristo Nankai (el subjefe de Cachiyacu), su esposa y sobrino, que regresaban a su comunidad, tras una visita al hermano de Evaristo que vivía en Bajo Naranjillo.

A diferencia de la carretera pavimentada por la que emprendimos viaje, el camino hasta el río Mayo consistía en una hilera intransitable de charcos. Una vez que atravesamos el Mayo en una lancha de gran tamaño, arrastrada por un sistema de poleas, pasamos por dos o tres pequeños asentamientos caminando penosamente por los caminos que cruzaban los arrozales inmensos. El lodazal acumulado en los caminos durante la reciente temporada de lluvias nos llegaba a la pantorrilla y el paso constante de ganado solo contribuía a empeorar la situación. Tras cruzar un riachuelo, desembocamos de manera abrupta en un camino de índole muy diferente: un camino aguaruna; a cada paso había que calcular dónde colocar el pie, plantándolo con firmeza en una piedra o en alguna raíz, o bien encima de cualquier objeto sólido que halláramos en un terreno suelto y húmedo, con el fin de auparnos por la pendiente escarpada, agarrándonos de los arbustos que quedaban al alcance de la mano. Después de horas de avanzar trabajosamente, nos detuvimos todavía con luz del día en una de las chozas provisionales hechas de ramas y hojas de palma que abundan en los caminos encontrados a lo largo de la Aguarunía.

El siguiente día estuvo igualmente agotador. Primero tuvimos que cruzar la cima de una cascada, en un punto en que el pequeño arroyo que la alimentaba se estrechaba de unos 15 metros de ancho hasta volverse un cauce rocoso de 1,5 metros, antes de precipitar la corriente de agua al vacío desde unos diez metros de altura. Mis compañeros de viaje aguarunas atravesaron con paso firme, plantando un pie en el cauce del torrente de agua y dando un salto hasta el margen opuesto. Seguí su ejemplo, pero ciertamente sin su aplomo. Un poco más adelante nos topamos con un tropel de monos rojos uakari (*cacajao calvus*) y Evaristo no pudo resistir la tentación de cobrar una presa fácil. Dado que el hambre ya no nos acicateaba a seguir camino, nos detuvimos temprano en otra choza a disfrutar las vísceras de la caza reciente con un poco de yuca asada que mis acompañantes llevaban consigo. A la mañana siguiente